



Artículo: Conversación con Álvaro Matute

Autor(es): Díaz Maldonado, Rodrigo

Revista: Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM

Número: 85

Año: 2009

ISSN edición impresa: 0187-182X

ISSN de pdf: [en trámite]

Forma sugerida de citar: Díaz Maldonado, Rodrigo. "Conversación con Álvaro Matute" Históricas. Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 85 (2009): p. 42-50. Edición digital en PDF, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 2018, Disponible en Repositorio Institucional Históricas UNAM <http://hdl.handle.net/20.500.12525/3563>

D.R. © 2018. Los derechos patrimoniales pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Coyoacán, C.P. 04510, Ciudad de México

Entidad editora: Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Nacional Autónoma de México

Correo electrónico: departamento.editorial@historicas.unam.mx

"Excepto donde se indique lo contrario, esta obra está bajo una licencia Creative Commons (Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional, CC BY-NC-SA Internacional, <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es/>)"



Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución: departamento.editorial@historicas.unam.mx

Con la licencia CC-BY-NC-SA usted es libre de:

- **Compartir:** copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- **Adaptar:** remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

- **Atribución:** debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- **Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS



REPOSITORIO
INSTITUCIONAL
HISTÓRICAS
UNAM

○ LA ENTREVISTA

Conversación con Alvaro Matute

Rodrigo Díaz Maldonado
Instituto de Investigaciones Históricas
Universidad Nacional Autónoma de México

Entrevista al doctor Álvaro Matute Aguirre, investigador emérito del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Nacional Autónoma de México, realizada el 11 de marzo de 2009.

Doctor Matute, usted ha realizado prácticamente la totalidad de su carrera y sus estudios en la UNAM. La primera pregunta que quisiera hacerle es, por lo mismo, casi obligatoria: ¿cuál fue el inicio de su relación con esta Universidad?

Bueno, yo creo que la primera relación fue, más que con la Universidad en sí misma, con Ciudad Universitaria, en el muy lejano 1954. Ese año la visité por primera vez para ver una exposición alemana que fue todo un acontecimiento. Así conocí la recién estrenada, flamantísima, Ciudad Universitaria que, desde luego, algo me hizo, porque me provocó enormes deseos de estar en ella, aunque estaba yo apenas en primaria. Me pareció un lugar fascinante, estaba nuevita, y además contaba con el atractivo de esa muestra de la industria alemana, que fue muy importante.

¿En dónde fue la exposición?

Recuerdo que debe haber estado colocada entre Biblioteca Central y Rectoría. Recuerdo también que habían instalado un comedor o un restaurante en el mezanine de Rectoría, donde antiguamente íbamos a las ventanillas de pagos, y en el

salón de alumnos... Caminábamos por varios lugares, creo que también hubo algo en Arquitectura y posiblemente en Biblioteca Central y hasta en Filosofía y Letras. En fin, ése fue mi primer contacto con Ciudad Universitaria. Claro que, además, tenía referentes familiares de tíos que habían estudiado en distintas carreras de la UNAM.

Pero sus estudios universitarios formalmente iniciaron en Ciencias Políticas...

Así es, empecé en Ciencias Políticas, aunque si me regreso en el tiempo fui alumno universitario desde la preparatoria, con número de cuenta y todo. Por ese entonces tuve el conocimiento de un fenómeno muy interesante: era yo vecino de Luis Reyes de la Maza, quien fue investigador del Instituto de Investigaciones Estéticas, y fue la primera vez que conocí a un investigador universitario, a alguien que se dedicaba a esto. A mí la actividad de Luis me pareció muy interesante. El hecho de que la Universidad tuviera investigadores dedicados a hacer obra, a hacer libros, me pareció formidable y dije: "¡Caray, pues sí se puede, así es como se hace!" Esto para mí fue una señal muy importante. Por añadidura, Luis



era sobrino de don Francisco de la Maza, a quien alguna vez conocí en una comida en casa de estos vecinos. Me lo presentaron como una gran celebridad, cosa que constaté cuando tuve la suerte de ser su alumno y supe que era un investigador muy distinguido. Porque Luis era un hombre más joven y no tenía los altísimos vuelos de su tío; sin embargo, era un investigador universitario, y eso para mí resultó muy atractivo.

¿Cuál fue su interés para entrar a Ciencias Políticas?

Tal vez las inquietudes de orden político de la época. Estamos hablando del México de 1963, con Revolución Cubana fresca, con la emergencia de Kennedy en la presidencia de los Estados Unidos. Un mundo interesante... Y también el con-

tacto con la sociología, como materia en la preparatoria, me indicó que a la mejor por ahí había algún camino. Desde luego, me interesaba una sociología teórica como explicación de cómo funciona el mundo, la sociedad, etcétera, cosas que, desde el mirador de la preparatoria, parecían aclararse por completo con la sociología. Claro que, con el tiempo, uno encuentra las limitaciones propias de cada disciplina, pero en aquel momento la sociología me pareció que iba a ser la guía. También me llamaba mucho la atención el psicoanálisis, pero en esa época estudiar algo como psicoanálisis estaba prácticamente vedado para quien no tuviera conocimientos médicos concretos: sin ellos sólo se podía acceder a un conocimiento teórico lejano. Pero nadie más inepto que yo para estudiar medicina.

También había tenido, desde luego, inclinaciones para entrar a Letras, no a Historia ni a Filosofía, sino a Letras. Pero como que sentí no propiamente miedo, sino poca confianza, y por eso preferí irme a algo más amplio como sociología. Y no me arrepiento porque tuve un propedéutico sensacional: eran dos años que me permitieron darme cuenta de que la fase práctica de las carreras de Ciencias Políticas y yo no teníamos nada que ver. En cambio, la parte teórica, que se agotaba mucho en el propedéutico, recibía su continuación natural en una emigración a la Facultad de Filosofía y Letras, con la duda de si emigraba a Filosofía o a Historia, y el volado final fue Historia.

Sin embargo, me parece que la preocupación política pervivió una vez que ingresó a Filosofía y Letras, ¿qué me puede contar de esto?

Sí, definitivamente sí. Nunca he abandonado el interés por la política como fenómeno de estudio. Desde luego no como una actividad a la que yo me pudiera dedicar, aunque debo decir que sí he participado en la llamada política universitaria, la cual he ejercido a través de mi presencia en muchos cuerpos colegiados. Pero es, digamos, una política tranquila y civilizada, de alto nivel. No es la política-política, que me interesa mucho, incluso me parece fascinante, pero como fenómeno a observar, a estudiar. Este interés ha incidido en lo que he escrito de historia política y en la vinculación de esa historia política con la ideología y, por lo mismo, en mis trabajos, ya en mi zona preferente y preferida, sobre la filosofía de la historia y la teoría de la historia.

Doctor Matute, siempre he pensado que una parte muy importante de su pensamiento está vinculada con el historicismo. ¿Cómo se dio este contacto? ¿Cuáles fueron sus maestros en este sentido?

Bueno, el primer contacto propiamente con el historicismo vino de mis lecciones con el maestro Enrique González Pedrero en Ciencias Políticas, donde leíamos especialmente la obra *Teoría del Estado* de Hermann Heller, que estaba llena de citas, de notas al pie de página, de Wilhelm Dilthey. Entonces a mí el tal señor Dilthey me llamó muchísimo la atención y adquirí su *Historia de la filosofía* (publicada como breviario por el Fondo de Cultura Económica), obra que leí desde Ciencias Políticas. Y ahí empezó el asunto. Tanto estas lecturas, como otras referencias de las clases de Francisco López Cámara, otro maestro muy apreciado, me fueron enviando al ámbito del historicismo, movimiento que se vio reforzado gracias al contacto con ese marxismo que después se le llamó “occidental”, y que conocimos en un seminario de lectura de *La crítica de la razón dialéctica* de Jean-Paul Sartre, obra que deja ver claramente los nexos entre marxismo y existencialismo. A mí el marxismo soviético oficial me repugnaba mucho, pero este marxismo occidental me parecía de lo más interesante. Me acuerdo que también leíamos los *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, que incluyen textos como “El trabajo enajenado”. En fin, leíamos esos trabajos de Marx que lo vinculaban más con un origen hegeliano. Yo prefería estar tal vez de cabeza como Hegel y no de pie como Marx, pero esas lecturas fueron muy significativas, muy importantes, y me dieron una base muy buena para entrar ya a la lectu-

ra de los textos que nos fueron formando en el historicismo, entre ellos Dilthey, por supuesto, y Ortega y Gasset, entre otros, que conducen a José Gaos. Y luego el contacto directo, tanto de la persona como de la obra, con Edmundo O'Gorman.

Usted conoció y trató muy de cerca al doctor Edmundo O'Gorman ¿qué es, en términos intelectuales, lo que más le debe a su pensamiento?

Pues muchas cosas... Yo creo que la incitación a imaginar, a pensar la historia, a entrar en la zona de relación de la historia con la filosofía. Esa filosofía que él me desplegó en su curso de Filosofía de la Historia, el cual recuerdo con mucho gusto porque fue excelente. También recuerdo el rigor con el que nos incitaba a emprender las cosas, el aprendizaje que tuvimos de él, de cómo manejaba los textos analíticamente. Pero, sobre todo, lo que me gustaba más de él era su creatividad, su imaginación histórica, sus ocurrencias magníficas.

Siguiendo la línea del historicismo, uno de sus primeros trabajos, quizá su primer trabajo ya como profesional, es sobre la influencia de Giambattista Vico en la obra de Lorenzo Boturini. ¿Cómo llegó a formular este trabajo?

La primera vez que escuche el nombre de Vico fue en mis clases de Historia del Pensamiento Sociológico, con Francisco López Cámara. Después de Ibn Jaldún, el que seguía en el curso era Vico, y así lo conocí y me interesé en él. Leí, como apoyo para las clases, el capítulo que Friedrich Meinecke —otro contacto temprano con el historicismo— dedica a Vico, en su

obra *El historicismo y su génesis*. Desde entonces me llamó muchísimo la atención ese extraño pensador que fue Vico y, como he relatado en otras ocasiones, años más tarde, cuando un tío mío me obsequió un lote de libros que habían quedado de la biblioteca que perteneció a mi abuelo, encontré el libro de Lorenzo Boturini. Lo abrí, vi el índice y dije: “Éste leyó a Vico, éste está aplicando a Vico al México prehispánico”. Me pareció sensacional y empecé a corroborarlo y decidí hacer mi tesis de licenciatura sobre este problema. Y nunca me arrepentí, porque fue muy interesante ver ese traslado y comprobar que, efectivamente, Boturini fue un lector de Vico que intentó entender con él al México antiguo. Para mí eso fue espléndido y me puse a trabajar. Después obtuve una beca del Instituto de Investigaciones Históricas y la guía de Miguel León-Portilla, y así se realizó la tesis.

¿En ese entonces todavía no trabajaba en el Instituto de Investigaciones Históricas?

Fui becario tres años: de 1967 a 1970.

¿Y cuándo empezó a trabajar?

En 1970, a fines de año, en noviembre. Ya titulado empecé a trabajar en el instituto.

Otro de sus grandes intereses ha sido la Revolución Mexicana; sin embargo, comenzó su carrera estudiando a Boturini y a Vico, ¿cómo se dio este tránsito? ¿Cómo pasó, por decirlo así, de Vico a Obregón?

Claro... Con Vico fue primero el contacto intelectual con sus pensamientos, luego el acercamiento más concreto con Lorenzo Boturini, que provenía de la biblioteca de mi abuelo. Y bueno, pues, hablando de mi abuelo, yo viví en su casa

mis primeros años y ahí había, al final de un pasillo, un enorme cuadro, un retrato del general Obregón, a quien en imagen conocí desde mi más remota infancia. A la postre, gracias a mi ya fallecido tío Amado, también heredé el archivo de mi abuelo, quien fue secretario de Comunicaciones en el gabinete del general Obregón. De tal forma que, para mí, Obregón era una figura familiar en muchos sentidos. Por eso, desde antes de ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras, ya tenía yo interés en la Revolución Mexicana como tema de trabajo.

No tuve, sin embargo, en aquel momento en la Facultad alguna clase monográfica buena sobre Revolución Mexicana. Sí tomé el curso de Comentario de Textos con el maestro Eduardo Blanquel —maestro al que quiero muchísimo y cuya memoria es grande para mí—, quien nos metía en la lectura rigurosa de documentos, de los planes políticos, excitando nuestras capacidades analíticas de los textos. Eso me puso sobre muchas pistas que me permitieron conocer más en serio la Revolución Mexicana. Recuerdo que, orientado por Blanquel, leí tanto los *Diarios de debate de la XXVI Legislatura*, como los *Debates del Congreso Constituyente*, que me interesaban mucho porque mi abuelo fue constituyente y porque todo el entorno me gustaba, me interesaba... Se me presentó por ese entonces la espléndida oportunidad de coordinar el tomo sobre Revolución Mexicana para la *Historia de México* de la editorial Salvat. Y al poquito tiempo pude participar en el programa de Historia de la Revolución Mexicana de El Colegio de México, invitado por don Daniel Cosío Villegas, a través de mi querido maestro y amigo Luis González y González. Y pues ahí estaba yo, encargado de armar la historia de

Venustiano Carranza y Álvaro Obregón. Y de ahí salió mi libro *La carrera del Caudillo* y también el de *Las dificultades del nuevo Estado*. Es decir, que me ubiqué como historiador de la Revolución Mexicana, no empacado desde la Facultad —salvo por lo mucho que le debo a Eduardo Blanquel en ese rubro—, sino más bien casi por mi propia cuenta.

En este sentido, ¿cuál cree que sea la importancia actual del estudio de la Revolución Mexicana? Digo esto porque siempre me ha parecido que sus trabajos, aunque son muy rigurosos, se preocupan menos por el análisis de los datos duros, y más por los procesos de formación del Estado mexicano y de la cultura política en México. ¿Sigue siendo importante la Revolución para estos temas hoy en día?

Bueno, los últimos treinta y tantos años de desarrollo en los estudios sobre la Revolución Mexicana resultan muy interesantes. A mí me ha tocado ser parte de la generación que estudió la Revolución desde perspectivas académicas nuevas. Hablo de gente como Arnaldo Córdova, Lorenzo Meyer, Jean Meyer y los un poquito más jóvenes Héctor Aguilar Camín y Enrique Krauze (no sé si omito a alguien más), y también gente un poco mayor como Adolfo Gilly. Todos ellos desarrollaron el revisionismo mexicano de la Revolución Mexicana. Yo sería parte de ese grupo. Siento que empezamos prácticamente en cero y que se avanzó muchísimo en conocimiento de la Revolución Mexicana. Sin embargo, creo que, como toda época de la historia, la Revolución es inagotable, puede reinterpretarse, pueden llegar nuevos trabajos. De hecho, ya hay nuevas generaciones produciendo sus propios enfoques. En ese sentido, los del grupo que mencioné

ya vamos de salida o, mejor dicho, ya hicimos lo que teníamos que hacer.

Sin embargo, ahora, al aproximarse el primer Centenario de la Revolución, pues ha surgido necesariamente la discusión sobre la pertinencia de celebrarla o no, incluso se ha puesto en duda si existió o no. Yo creo que claro que sí existió: hay muchos hechos que así lo comprueban. Pero lo que más me ha interesado realmente es la concepción de la Revolución Mexicana. A mí más que los hechos mismos, me interesaba cómo se había contado su historia y a qué conclusiones se llegaba. De estudiante fui muy atento a esa discusión sobre si había muerto la Revolución Mexicana o estaba viva. Para mi generación fue muy valiosa la lectura de aquel librito de Stanley R. Ross —a quien después tuve el gusto de conocer y de tratar bastante en Austin, Texas—, *Is the Mexican Revolution dead?* Este libro para mí fue luminosísimo porque me metió en la lectura de Luis Cabrera, de Silva Herzog, de don Daniel Cosío Villegas, de Pepe Revueltas... en fin, de toda esa gente que pensó la Revolución Mexicana. Por ello para mí sigue siendo un tema vivo, con mucho empuje. Ahora mismo sigo dándole vueltas: todavía hoy, en conferencias que me solicitan o en otros trabajos, regreso al tema, no lo abandono para nada.

Bueno, imagino que esta perspectiva de poner la importancia, más que en los hechos, en la conceptualización de los hechos es lo que lo condujo a otros de sus grandes intereses, que son justamente la historiografía y la filosofía de la historia. ¿Cuáles y cómo fueron sus primeros acercamientos a estos dos ámbitos?

Pasaron muchas cosas. Ahí las clases de la Facultad sí fueron fundamentales.

Tomé clases con Juan A. Ortega y Medina y con Jorge Gurría, que fueron mis primeros maestros de Historiografía General y de México. Y aunque terminaron las clases obligatorias, mis intereses en la historiografía siguieron adelante. Desde luego, ya mencioné las clases de Filosofía de la Historia de don Edmundo, a las que hay que sumar el contacto con sus discípulos, que eran mis maestros: Eduardo Blanquel, Juan A. Ortega y Medina, Josefina Zoraida Vázquez y Jorge Alberto Manrique. Todos ellos siempre tenían clara conciencia de la representación historiográfica de la historia. A mí esa conciencia me fue invadiendo totalmente. También fueron importantes algunas clases de historia del arte, en donde la representación histórica a través del arte tenía mucho significado. Recuerdo una conferencia, no clase, sino conferencia, de don Justino Fernández sobre la representación de la historia en la pintura. Para mí fue muy reveladora porque me puso en claro visualmente en qué consistía la interpretación, el anacronismo, lo pertinente, etcétera. Recuerdo que nos mostró un cuadro de Tiépolo de Marco Antonio y Cleopatra, vestidos a la usanza del siglo XVIII, y cuánto jugo le sacó don Justino a la explicación de esa imagen. Para mí esas cosas en el horizonte de mi formación fueron clarísimas. Así, al llegar al trabajo sobre Lorenzo Boturini, me dediqué a ver qué decían de él los comentaristas de todos los tiempos, e hice un recorrido muy rico sobre la historiografía de tema indigenista que comentaba a Boturini, desde Clavijero hasta llegar al siglo XX. Esto fue muy interesante porque yo estaba buscando las menciones del vínculo entre Boturini y Vico, cuándo aparecen los primeros indicios y cuándo se

trata ya de un hecho claro. Este recorrido me dio una perspectiva muy amplia que me permitió, a partir de 1971 ser profesor de Historiografía de México, entre otras cosas porque ya había dejado de impartir la materia el maestro Gurría, y porque fue necesario partir en dos a un grupo enorme que tenía Rosa Camelo. Yo me quedé con la mitad de ese grupo, y de ahí en adelante... hasta el año 2000 en que dejé de impartirla.

Y bueno, también alguna vez me llegué a encontrar esa frase de Frederic William Maitland, que dice: “lo importante no es lo que pasó, sino lo que se dijo o se pensó sobre lo que pasó”, y para mí eso fue una divisa.

Ahora que menciona esta parte de la aproximación a la historia por la vía del arte, a mí siempre me ha parecido que sus trabajos tienen una gran preocupación por la forma, por el estilo. Sus textos son siempre muy cuidados. ¿Tuvo algún modelo a seguir en cuanto a la escritura, a la expresión escrita?

Bueno, primero tuve inclinaciones a estudiar Letras, lo cual me metió a leer buena literatura desde temprana edad, cosa que no he abandonado jamás. También tuve una gran maestra en esas cuestiones desde la preparatoria que fue Margo Glantz, quien me inició en una lectura inteligente de la literatura y de ahí derivé a otras lecturas, ahí también con algún tipo de orientación, como la de Ortega y Medina, quien nos instruía en ese renglón. Pienso por ejemplo en aquel prólogo de don Edmundo O’Gorman sobre Antonio de Solís. En fin, ese tipo de lecturas que luego me mandaron a la lectura de un profesor argentino, Luis Arocena —quien también estudiaba a Antonio de

Solís— y que destacaba mucho los aspectos formales de la escritura de la historia, aspectos que me han gustado mucho, me han interesado muchísimo. La retórica de la historia para mí ha sido un campo muy atractivo.

Por el otro lado, ¿soy cuidadoso? Sí, sí lo soy. Se me dio el cultivo de un estilo que trato de desarrollar bien. Me llamaban la atención mis maestros, los que tenían buena pluma: Miguel León-Portilla, por ejemplo, o don Luis González. Otros tal vez con estilos más sobrios, pero muy buenos, muy finos, como Ernesto de la Torre, que escribe con una perfección notable; el propio don Juan Ortega y Medina. Todos son muy buenos prosistas. Otro ejemplo es Jorge Alberto Manrique, quien era uno de mis maestros jóvenes, y que también posee muy buena pluma. Yo eso se los alabo y agradezco como lector, entre otras cosas porque no hay nada peor que un libro de historia mal escrito.

Justo pensando en el mismo tema: el plagio es una cosa horrible, pero también es una de las formas más depuradas de la admiración. Si usted tuviera la oportunidad de ponerle su nombre a un libro de historia, ¿cuál sería?

Muy buena pregunta, pero eso obliga a dar muchas vueltas... Un buen modelo de escritura fina... ¡caray!... No se me ocurre de momento, pero sé que hay muchos, sé que hay muchos que son, como diría cierta persona, modélicos. Los hay, pero no me viene a la mente ninguno en este momento, pero hay muchos...

Mire, de antigüitos me acuerdo el impacto que me hizo Zavala, Lorenzo de Zavala, me pareció un escritorzazo, sensacional; don Justo, don Justo Sierra es una figura extraordinaria: todo lo que escribía ese hombre tenía una prosa per-

fecta, ni hablar. Yo creo que ahí hay dos ejemplos mayores ¿no?, aparte de los maestros cercanos que ya hemos comentado, que también tienen lo suyo. Pero de los antiguos ellos dos siempre me parecieron espléndidos, de primer nivel.

Cambiando un poco de tema. Doctor, usted ha dado clases muchísimos años, ha formado a muchas generaciones de historiadores, y por eso mismo ésta es otra pregunta obligada: ¿cómo cree que sea el futuro de la historia en México? ¿Cómo cree que vaya andando, por qué caminos? Se lo pregunto porque usted es una de las personas que más experiencia posee en este sentido.

Bueno, yo creo que podríamos hablar de una crisis en la escritura de la historia propiciada por los múltiples sistemas de evaluación que han enviado al historiador a escribir artículos, a darle preferencia a la obra menor, hiperdocumentada, reconstructiva, con poca reflexión, más descriptiva que interpretativa. Y eso, creo yo, está cavando una tumba enorme a ese tipo de historia que ha dejado de interesarle a cualquier lector, porque está dirigida a otros historiadores. También creo que si la historia, si los historiadores no hacemos lo necesario, que es mucho, para recuperar al lector, al público general, el futuro de la historia será negro. Creo que debemos privilegiar eso que se llama la alta divulgación. Desde luego hace falta que se hagan cosas muy pequeñas, monográficas, pero el problema es que se queden en eso y no den el brinco más arriba, hacia visiones más amplias y comprensivas.

La crisis consistente en que si la historia solamente se hace para el consumo de otros historiadores se vuelve una franca imitación al trabajo de los científicos, que tiene mucho sentido que escriban

para ellos mismos porque ellos sí acumulan conocimiento. Nosotros trabajamos de un modo distinto. Tenemos que conquistar o reconquistar públicos lectores que están siendo agredidos, inclusive, por seudonovelistas oportunistas que dan gato por liebre; tenemos que recuperar una historia rigurosa, bien escrita, con coberturas de amplitud. Hay buenos historiadores a nivel mundial que hacen esto, sin menoscabo de sus grandes dotes, y a nosotros en México se nos ha ido olvidando ese tipo de trabajo. Lo hicieron espléndidamente gente como Miguel León-Portilla, como Luis González, ambos grandes escritores e historiadores, y de ahí el impacto de sus textos en un público amplio, que se ha beneficiado mucho con su lectura. En cambio, ningún lector general va a acudir a una revista especializada, porque va a morir de aburrimiento, aunque sean muy buenos los textos que encuentre en ella. Veo el futuro en el campo de la divulgación, que es el menos abarcado u ocupado por nosotros. Ahí encuentro que hay una tierra promisoría, muy rica, aunque a veces tengamos que sustituir la pluma con la cámara, el micrófono... Hay que hacer historia con otros medios, pero bien hecha: la calidad y el rigor siempre.

Ya para finalizar, una de las grandes preocupaciones actuales en el marco de la teoría de la historia –tema que también le ha sido grato y que ha trabajado–, es justamente el de la relación de la historia con la literatura. Ahora que mencionaba esto de las seudohistorias que aparecen por ahí, ¿cómo cree que deba ser esa relación? ¿Existe una separación tajante entre ambas esferas?

Yo creo que mucha gente no acaba de entender de qué se tratan las relaciones

entre historia y literatura. Cuando decimos que un historiador procede como cualquier otro tipo de escritor, no acaban de entender de qué estamos hablando. Porque se procede igual al narrar una historia verídica que no verídica, claro está, pero el historiador exhibe sus materiales a través del aparato crítico y el novelista no lo hace porque no viene al caso. Además el novelista tiene licencia para establecer sus propios ámbitos de realidad a partir de lo que él propone, mientras que el historiador procede de manera distinta. Efectivamente, el novelista histórico es un tanto ambiguo, pero yo creo que debe obedecer el canon literario, y desarrollar, arropar, sus textos con el material histórico, pero nunca pretender hacer

historia sino literatura, eso es lo que tiene que hacer. Por otra parte, a nosotros no nos está nada mal reflexionar y escribir como escritores, pero como *non-fiction writers*, conscientes de que hacemos justamente no ficción y por eso los rigores que deben ser exhibidos, para que no haya dudas. Pero desde luego somos especies, los historiadores y los literatos, que comparten mucho pero que deben ser conscientes de dónde están las diferencias. Esto ha sido y puede ser muy claro, pero es un hecho que en la actualidad existe cierto grado de confusión al respecto.

Bueno, pues le agradezco mucho, doctor. Con esto damos por terminada la entrevista.

Buena conversación. □

